

ARTÍCULOS

DEMARCACIONES

Número 4 / mayo 2016

Ideología y medios de comunicación masiva. Una aproximación

Carlos Riveros Palavecino*

En el presente texto se muestra cómo operan los aparatos ideológicos de Estado de información, que también podríamos llamar de comunicación masiva (televisión, internet, radio, periódicos, etc.), en particular a través de las modalidades de la publicidad, los noticieros y las telenovelas, en orden a posibilitar la reproducción de las relaciones capitalistas de producción (la explotación) y las relaciones que de ella dependen (consumo excesivo, etc.). Se explicita cómo, de acuerdo a Althusser, esta reproducción posibilitada por estos aparatos ideológicos de Estado, al igual que por la totalidad de aparatos ideológicos de Estado, depende de una representación imaginaria de la relación entre los individuos y las relaciones reales de producción, vale decir, depende del modo en que nos relacionemos con la explotación, en cómo la concibamos. Se muestra, por lo tanto, cómo los aparatos ideológicos de Estado promueven y encarnan esta representación imaginaria con la cual nos enfrentamos, a final de cuentas, con la totalidad del mundo.

La ideología y los aparatos ideológicos de Estado que la encarnan y la promueven tienen como función, de acuerdo al texto de Louis Althusser *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (en adelante IAIE), el posibilitar la *reproducción de las relaciones de producción*¹ al representar *la relación imaginaria de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ella resultan*², es decir, en otras palabras, y atribuyéndolo al modo capitalista de producción, tienen como función el posibilitar la reproducción de la explotación al representar la relación que tengamos con el modo de producción dominante mediante ficciones, vale decir, mediante una deformación imaginaria de la realidad. La ideología y los aparatos ideológicos de Estado, entonces, tienen como función el *pintarnos un mundo ficticio*³ que posibilite la perpetuación y legitimación del modo de producción dominante, esto es, la explotación.

Pero, ¿de qué modo logra la ideología y aquellos aparatos *convencer* de que la representación imaginaria que entregan es legítima? Lo logran mediante el mecanismo de toda ideología que consiste en su *estructura especular redoblada*⁴, vale decir, en la forma en que logra, como un espejo, que todos aquellos que se vean interpelados por la ideología se reconozcan en ella. La ideología es una representación imaginaria que les da sentido a los individuos que se ven interpelados, llamados, hacia y por ella. Pero vayamos de a poco para esclarecer bien esto y definamos qué son los aparatos ideológicos de estado, de manera de entender bien qué es una

* Universidad Alberto Hurtado.

¹ Ver Althusser (2011), *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires: Nueva Visión, página 31. En adelante todas las citas a IAIE referirán a esta versión en español del texto.

² IAIE, p. 46.

³ Cf. Althusser (1967), *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI, p. 194: "En la ideología los hombres expresan, en efecto, no su relación con sus condiciones de existencia, sino la *manera* en que viven su relación con sus condiciones de existencia: lo que supone a la vez una relación real y una relación "vívida", "imaginaria". La ideología es, por lo tanto, la expresión de la relación de los hombres con su "mundo", es decir, la unidad (sobredeterminada) de su relación real y de su relación imaginaria con sus condiciones de existencia reales. En la ideología, la relación real está inevitablemente investida en la relación imaginaria: relación que *expresa* más una *voluntad* (conservadora, conformista, reformista o revolucionaria), una esperanza o una nostalgia, que la descripción de una realidad."

⁴ Ver IAIE, p. 62.

ideología y cómo es que ésta opera sobre los individuos, para luego trabajar sobre el objetivo principal de este texto, a saber, entender cómo es que los medios de comunicación masivos (la televisión, el internet, el periódico, revistas, etc.), como aparatos ideológicos de estado que son, cumplen con la función, entre otras, de mantener, perpetuar y legitimar el estado de cosas puesto por la clase dominante. Pero para comenzar con lo anterior partamos analizando qué es, según el texto en cuestión, el Estado.

De acuerdo a la tradición marxista, de la cual Althusser rescata, entre muchos otros, este punto en particular, el Estado es un aparato cuya función esencial es mantener y perpetuar el orden de cosas impuesto por la clase dominante.

Presentada en esta forma, la "teoría" marxista-leninista del Estado abarca lo esencial, y ni por un momento se pretende dudar de que allí está lo esencial. El aparato de Estado, que define a éste como fuerza de ejecución y de intervención represiva "al servicio de las clases dominantes", en la lucha de clases librada por la burguesía y sus aliados contra el proletariado, es realmente el Estado y define perfectamente su "función" fundamental. (IAIE, p. 19).

El Estado es entendido como aparato de Estado cuya función es contener a la clase dominada (los trabajadores) mediante la represión y la violencia. Se constituye, por lo tanto, de todo el aparataje administrativo de gobierno junto a la policía, los tribunales y el ejército. Quien tiene, por lo tanto, el *poder* de Estado, vale decir, quien se ha hecho con todo ese aparataje represivo (además de los aparatos ideológicos, de los cuales hablaremos más adelante), tiene la capacidad de mantener y perpetuar, incluso legitimar, el estado de cosas que se *ponga*. El Estado, por consiguiente, se vale y se constituye de este aparato represivo para contener a la clase explotada.

Distinto es el caso de los aparatos ideológicos de estado. Éstos, a diferencia del aparato represivo de estado (ejército, tribunales, etc.) corresponden más bien al ámbito *privado* y no *público* y su función, al igual que el aparato represivo, es mantener y legitimar el estado de cosas puesto por la clase dominante, pero con la diferencia de que no operan principalmente con la violencia sino que con la ideología. La violencia, y la represión, aparecen de manera secundaria en estos aparatos ideológicos de estado.

Hay una diferencia fundamental entre los aparatos ideológicos de estado y el aparato (represivo) de estado: el aparato represivo de estado "funciona mediante la violencia", en tanto que los aparatos ideológicos de estado funcionan mediante la ideología... De la misma manera, pero a la inversa, se debe decir que, por su propia cuenta, los aparatos ideológicos de estado *funcionan masivamente con la ideología* como forma predominante pero utilizan secundariamente, y en situaciones límite, una represión muy atenuada, disimulada, es decir simbólica. (no existe aparato puramente ideológico). (IAIE, p. 26-27).

Los aparatos ideológicos de estado operan principalmente con la ideología y de manera secundaria con la violencia, y el aparato represivo de estado opera principalmente con la violencia, y de manera secundaria con la ideología. Pero, ¿cuáles son estos aparatos ideológicos de estado y, más importante aún, para esclarecer las cosas, qué es la ideología?

Althusser especifica los aparatos ideológicos de estado (AIE) de la manera siguiente:

AIE religiosos (el sistema de las distintas iglesias),
 AIE escolar (el sistema de las distintas "escuelas", públicas y privadas),
 AIE familiar,
 AIE jurídico,
 AIE político (el sistema político del cual forman parte los distintos partidos),
 AIE sindical,
 AIE de información (prensa, radio, T.V., etc.),
 AIE cultural (literatura, artes, deportes, etc.).¹

Como decíamos con anterioridad, todos estos aparatos ideológicos de estado, que se manifiestan en distintas instituciones, tienen la función de posibilitar la reproducción de las relaciones de producción, es decir, la explotación. Todos estos AIE cumplen con el rol de legitimar, mantener y perpetuar el estado de explotación que opera sobre la clase dominada.² Veamos un ejemplo, el mismo que utiliza Althusser, para esclarecer las cosas, junto con abrir paso hacia una comprensión de lo que es la ideología.

El aparato ideológico de estado escolar, por ejemplo, una escuela, cumple con la función de entregar conocimientos a sus estudiantes de manera que éstos los apliquen en algún aspecto de sus vidas, sobre todo en el trabajo. Es sabido que, tal como Marx lo indica, las relaciones de producción, el producir algo, necesita de conocimientos específicos dependiendo de lo que se produzca. Si produzco mesas, por ejemplo, necesito saber de carpintería, de matemáticas, etc., cuestiones que Althusser, y la tradición marxista, denomina la *calificación de la fuerza de trabajo*³. Toda producción necesita de un saber, y la escuela es la institución fundamental, junto con la familia, en entregar este tipo de conocimientos. Esta calificación de la fuerza de trabajo, que es el conocimiento que necesitan los trabajadores para producir algo, tiene relación con el hecho de que toda producción necesita reproducir sus condiciones de producción, vale decir, siguiendo el ejemplo de fabricar una mesa, toda fabricación de mesas tiene sus condiciones, sus normas para construirlas (debo saber dónde clavar, qué madera utilizar, con qué pintar, qué medidas son las adecuadas, etc.), no puedo producir una mesa de cualquier manera si he de querer insertarla en el flujo del intercambio capitalista de mercancías: debo ceñirme a un método específico de manera que esa mesa calce con el prototipo de mesa deseable y necesaria en el modo de vida dominante, debo, por lo tanto, reproducir las condiciones de producción. La escuela cumple esta función fundamental para el modo dominante de producción al entregar los contenidos que la fuerza de trabajo (los trabajadores) necesitan conocer. Pero, junto con entregar estos contenidos, la escuela los cubre con una ideología dependiendo de si se trata de una educación para futuros trabajadores explotados o

¹ Ver *IAIE*, p. 25.

² Confróntese a este respecto Javier Burdman (2011) *Distorsión, transparencia y universalidad en la teoría de la ideología*, en *Lecturas de Althusser*, Buenos Aires: Imago Mundi, p. 82: "Toda formación social requiere, además de la reproducción de la fuerza de trabajo (es decir, de los trabajadores), la reproducción de las relaciones de producción. Ello implica que, además de producir los bienes necesarios para su vida, los sujetos asuman sus posiciones dentro del modo de producción. Un trabajador no solo debe asumirse como tal porque el proceso de producción y circulación lo obligue a vender su fuerza de trabajo (aunque este factor sea determinante), sino también porque una serie de instituciones, principalmente la escuela y la familia, lo insertan en las prácticas correspondientes a su función (respeto a la autoridad, sentido del deber, conocimiento técnico, etc.) Lo mismo ocurre con los capitalistas: son los aparatos ideológicos del Estado quienes los amoldan a la función que habrán de cumplir al frente de las empresas y de las fábricas. De este modo, los aparatos ideológicos del Estado funcionan como difusores de la ideología dominante y como soporte de su hegemonía."

³ Cf. *IAIE*, p. 15.

para futuros explotadores. Si se trata de los primeros, por ejemplo, se enseña lenguaje pero además la manera correcta de responder a las órdenes, la manera correcta de dirigirse a los superiores, la manera correcta de obedecer, etc. Si se trata de los segundos, los futuros explotadores, se enseña lenguaje pero también la manera correcta de dar órdenes, la manera correcta de dirigirse a los súbditos del modo menos violento posible, etc. La educación no es nunca neutra a pesar de que se presente de esa manera.¹ En este sentido, y tal como lo dice Althusser, la calificación de la fuerza de trabajo, el saber que necesitan los trabajadores, está siempre ligado a un sometimiento a la ideología dominante, vale decir, el trabajador, junto con aprender a trabajar, aprende también a obedecer, a respetar la división del trabajo, etc., los futuros agentes de la explotación, los futuros explotadores, aprenden a llevar a cabo sus negocios, pero también aprenden a dirigirse a sus trabajadores, a dar órdenes, a hacerse respetar, etc.² El sometimiento a la ideología dominante es parte constitutiva de la calificación de la fuerza de trabajo, y de esta manera se reproducen las relaciones dominantes de producción, a saber, la explotación.

En otros términos, la escuela (y también otras instituciones del estado, como la iglesia, y otros aparatos como el ejército) enseña las “habilidades” bajo formas que aseguran el *sometimiento a la ideología dominante* o el dominio de su “práctica”. Todos los agentes de la producción, la explotación y la represión, sin hablar de los “profesionales de la ideología” (Marx) deben estar “compenetrados” en tal o cual carácter con esta ideología para cumplir “concienzudamente” con sus tareas, sea de explotados (los proletarios), de explotadores (los capitalistas), de auxiliares de la explotación (los cuadros), de grandes sacerdotes de la ideología dominante (sus “funcionarios”), etcétera.

La condición *sine qua non* de la reproducción de la fuerza de trabajo no sólo radica en la reproducción de su “calificación” sino también en la reproducción de su sometimiento a la ideología dominante, o de la “práctica” de esta ideología, debiéndose especificar que no basta decir: “no solamente sino también”, pues la reproducción de la calificación de *la fuerza de trabajo se asegura en y bajo las formas de sometimiento ideológico*, con lo que reconocemos la presencia eficaz de una nueva realidad: la ideología. (IAIE, p. 15).

La escuela, por lo tanto, como aparato ideológico de estado, cumple con la función fundamental de posibilitar la reproducción de la calificación de la fuerza de trabajo, es decir, con otorgarles el saber necesario (o, mejor dicho, el básico, ya que en estos momentos las condiciones de producción requieren de conocimientos cada vez más avanzados, por lo que los conocimientos entregados por la escuela deben ser, cada vez más, complementados por conocimientos otorgados en universidades o institutos técnicos, entre otros, los cuales,

¹ Pues uno de los rasgos esenciales de la ideología es presentarse como si fuera neutra. Cf. IAIE, p. 38.

² Respecto a estas distinciones sociales que contiene la ideología y a la división de las tareas que ello implica, confróntese el siguiente texto de Althusser (1968) *Práctica teórica y lucha ideológica*, en *La filosofía como arma de la revolución*, Córdoba: Ediciones Pasado y Presente, p. 49: “Todo sucede como si para existir los seres sociales y activos en la sociedad que condiciona toda su existencia necesitaran disponer de cierta representación de su mundo, la cual puede permanecer en gran parte inconsciente y mecánica, o al contrario ser más o menos consciente y reflexiva. La ideología aparece así como una cierta representación del mundo, que liga a los hombres con sus condiciones de existencia y a los hombres entre sí en la división de sus tareas, y la igualdad o desigualdad de su suerte.”

también están cubiertos por la ideología dominante, ya que estas instituciones de conocimiento avanzado también pertenecen al AIE escolar) a los futuros trabajadores para cumplir con las condiciones capitalistas de producción, junto con el sometimiento a la ideología dominante (que es parte, también, del modo capitalista de producción). Podríamos decir: el AIE escolar cumple con la función de entregar los conocimientos necesarios (o básicos) para satisfacer las condiciones de producción (saber producir algo “como corresponde”) y además recubre estos conocimientos con la ideología dominante de manera de posibilitar la reproducción de las relaciones de producción, es decir, la explotación (que eso producido se realice bajo condiciones de explotación). Pero, ¿qué es, entonces, la ideología?

Althusser define la ideología como la representación imaginaria de la relación de los individuos con las relaciones reales de producción y aquellas relaciones que de ella se desprenden. Es, entonces, en palabras más simples, una ficción que le da sentido a la relación que tenga con el modo de producción y lo que de él se desprende. Si volvemos al ejemplo de la escuela, como AIE que encarna la ideología dominante, podemos entenderlo mejor. Sabemos que las relaciones de producción, en un sistema capitalista, corresponden a una explotación, junto con condiciones definidas de producción. Respecto a estas últimas, la escuela, o instituto, o universidad, entre otros, nos entregan los conocimientos necesarios para llevar a cabo la producción conforme a las condiciones establecidas (reproducir las condiciones de producción). Para ello, incluso, ahora existen normas internacionales de producción las cuales, con el objeto de asegurar la calidad y la seguridad de los productos, promueven esta reproducción de las condiciones de producción. La fuerza de trabajo, por lo tanto, debe estar calificada. Se deben utilizar, además, la maquinaria o las herramientas necesarias conforme a estas condiciones de producción. Pero junto con todo ello existe también un modo de relacionarse con estas condiciones, a saber, la manera legal, conforme a contrato de trabajo u otras condiciones legales, de ejecutar la producción bajo el alero del capitalista que invierte tanto en la fuerza de trabajo (salario de los trabajadores, maquinaria, capacitación, etc.) como en las materias primas y otras condiciones de producción y posterior comercialización. Esta relación de los trabajadores (como fuerza de trabajo) con el capitalista (que es el jefe de los trabajadores) ha sido denominada por la tradición marxista como una relación de explotación, y consiste en que el valor que se entrega a cambio al trabajador por su trabajo realizado no corresponde al valor “real”¹ de lo producido. Y digo valor, porque no se trata solamente de que al trabajador se le pague una cantidad baja en relación a lo que cuesta, en términos de dinero, el producto final. No se trata solamente de que al trabajador sólo se le pague lo que cuesta reproducir su fuerza de trabajo (es decir, lo que cuesta su alimento, su locomoción, su educación y la de sus hijos, su divertimento, etc.) de manera de que pueda, uno y otro día, volver *recargado* a ejecutar su labor a la empresa. La explotación no tiene que ver sólo con el dinero, con el hecho de que el trabajador cubra su salario (aquel valor monetario que cubre los gastos de la reproducción de sus fuerzas) en una cantidad baja del total de las horas trabajadas y todas las demás sean pura ganancia para el capitalista (plusvalía). La explotación tiene que ver además con el valor humano, por decirlo así, que está en juego en esa relación: el trabajador es prácticamente reducido a máquina, a objeto, mientras que el capitalista aumenta su valor como persona.² En la relación de explotación está en juego el dinero, pero también la dignidad

¹ “Real”, entre comillas, porque todo valor es una ficción. Cómo justificar, por ejemplo, que una vaca vale lo mismo que dos chanchos. Todo valor, y la equivalencia de valores, son ficciones establecidas institucionalmente. En este sentido, la explotación sólo existe bajo la lógica capitalista de esta ficción de los valores.

² Debemos entender la explotación no sólo en un sentido económico, vale decir, no sólo como extracción de plusvalía y todo lo económicamente relacionado a ella. Debemos entenderla, también, como una relación desigual

humana. Es en esta relación donde el capitalista se hace obedecer y el trabajador debe saber obedecerle, donde el capitalista se presenta como si tuviese un valor humano superior al del trabajador. Es esta relación de explotación, en todos sus aspectos, la que perpetúa y legitima la ideología. Hablábamos del AIE escolar: en él aprendemos todos los conocimientos relativos a la satisfacción de las condiciones de producción, pero también aprendemos a obedecer, a respetar la división del trabajo, a respetar las jerarquías, etc., (si estamos en un AIE escolar destinado a los trabajadores) o aprendemos también a dar órdenes, a hacernos respetar, a dirigirnos de manera sutil a nuestros súbditos, etc., (si estamos en un AIE destinado a los explotadores). La ideología es, entonces, esta relación que tengo con el modo de producción dominante: puede ser una relación de sumisión o de mandato, todo depende de la situación de clase en la que me encuentre (a saber, si pertenezco a la clase dominada, proletaria, o a la clase dominante, burguesa, burocrática, capitalista). Y se dice que esta relación es imaginaria, porque no hay razones reales, vale decir, biológicas, físicas, químicas, etc. (que corresponden a ciencias que estudian las propiedades y las relaciones de lo real) para que deba actuar ya sea como sumiso o como dominante, todo depende de la situación de clase en la que me encuentre y de la ficción institucionalizada que mantenga mi creencia y legitime mi estado. Si soy trabajador, soy sumiso, debo someterme a las relaciones capitalistas de producción, por ejemplo, recibir un sueldo que corresponde en dinero sólo a la mitad de las horas totales que trabajo (es decir, en sólo la mitad de la jornada laboral produzco lo que equivale a mi sueldo, todas las demás horas son ganancias para el jefe), debo, como se dice, “agachar el moño”, sentirme inferior al jefe, etc., no porque mis condiciones reales así lo permitan, vale decir, mis condiciones biológicas o físicas¹, sino que sólo actué así, de manera sumisa, porque mi condición política, reafirmada por cuestiones ideológicas, así lo permiten, y estas cuestiones son, en última instancia, ficciones. Ficciones presentadas como realidades debido a su institucionalización.² La ideología es, entonces, como lo dice Althusser, la relación imaginaria de los individuos con las relaciones reales de producción y las relaciones que de ella se desprenden.

Toda ideología, en su deformación necesariamente imaginaria, no representa las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de allí derivan) sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones de producción y las relaciones que de ella resultan. En la ideología no está representado entonces el sistema de relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de esos individuos con las relaciones reales en que viven. (IAIE, p. 46).

La ideología es la representación imaginaria que posibilita la reproducción de la explotación, aquella que mantiene sumisos a los trabajadores y dominantes a los explotadores

en la cual está en juego la dignidad humana. Una relación en la cual, por ejemplo, el explotado, en su sumisión, vive lo que se ha denominado la *alienación*. Confróntese a este respecto Marcuse, Herbert, *Marx y el trabajo alienado*, (trad. Marcelo Pérez Rivas), Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969, p. 18-19.

¹ Se trata, en el fondo, de explicitar que no hay nada en la *naturaleza* de los trabajadores que los vuelva sumisos, o que sea la razón de su sumisión, sino que ésta se deriva sólo de construcciones políticas que se van dando a través de la historia, construcciones cuyo fundamento último es la imaginación. Para un trabajo más detallado de esto, confróntese el concepto de *imaginario social instituyente* de Cornelius Castoriadis.

² Michel Pecheux en *El mecanismo del reconocimiento ideológico*, muestra que la ideología funciona como sostenedora de un orden social determinado asegurando que las cosas están bien como son y no pueden (o no deben) ser de otra manera. Cf. Michel Pecheux (2003) *El mecanismo del reconocimiento ideológico*, en *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Compilado por Slavoj Žižek, Buenos Aires: FCE, p. 163-165.

(capitalistas, burgueses, burócratas).¹ Ya lo veíamos con la educación, los AIE escolares entregan conocimientos necesarios para el trabajo y otros ámbitos de la vida pero además impone una manera determinada de relacionarse con el trabajo y con otros ámbitos de la vida: una manera, en el fondo, sumisa si se trata de una educación para futuros trabajadores (clase explotada) y una manera dominante, altanera, si se trata de una educación destinada a futuros explotadores. Esta *visión de mundo* sumisa para la clase trabajadora y altanera para la clase dominante es la que imponen los distintos aparatos ideológicos de estado, en este caso, de acuerdo al ejemplo, la educación. Pero podemos ver lo mismo respecto a otros AIE, como es el caso de los AIE religioso y de los AIE de información o, también, de comunicación masiva, que son aquellos que estudiaremos con más detalle más adelante. Los primeros, los AIE religiosos, como por ejemplo la iglesia católica o cristiana, además de entregar toda una cosmovisión nos dice de dónde venimos, y qué debemos hacer si hemos de llegar al reino de Dios. Nos muestra que debemos amar al prójimo incluso perdonando sus ofensas, al punto de que si nos ha golpeado una mejilla debemos poner la otra, vale decir, y traspasándolo al ámbito del trabajo donde todo cristiano o católico que se vea involucrado va a operar de acuerdo a lo que su representación religiosa del mundo le dicta: si nuestro jefe nos ha tratado mal, no importa, el perdón ante todo; la violencia ejercida por la explotación del jefe (y de todas las instituciones que perpetúan y legitiman el estado de cosas que favorece a la clase dominante) debe ser, para un devoto, respondida con amor, con perdón. Incluso, algún creyente más ingenuo, por decirlo de alguna manera, puede llegar a creer que su jefe está destinado por obra de Dios a ser como es, y él, como trabajador, también ha sido destinado por obra divina a ser como es y, no hay nada que hacer. La representación ideológica de los AIE religiosos, sin duda, favorece la reproducción de la explotación. Lo mismo ocurre con los AIE de información o de comunicación masiva, como la televisión, la radio, el internet, etc., que muestra, por ejemplo, en el noticiario (que supuestamente debe mantener un cierto grado de neutralidad u objetividad; recordemos que toda ideología pretende presentarse como neutra), lo deplorable y dañino que es que la gente se manifieste en las calles contra el estado capitalista de cosas, contra las condiciones de trabajo. Los noticiarios se dedican, en su mayoría, a mostrar a toda la gente que los ve, los daños materiales que se realizan en las calles cuando hay alguna protesta: la ruptura de letreros, de semáforos, la quema de neumáticos (barricadas), los pedrazos a la locomoción colectiva, etc., y muy poco tiempo se dedican a mostrar o analizar las propuestas de cambio por las cuales los trabajadores están luchando. Por otro lado, estos medios de comunicación, a través de la publicidad, incitan al consumo excesivo y a la mantención y legitimación de la clase trabajadora como sumisa, pero eso lo trabajaremos en detalle más adelante. Por ahora cabría preguntarnos, ¿cómo es que opera esta ideología, y con ello los AIE, sobre los individuos?

Althusser lo dice de la siguiente manera: la ideología interpela a los individuos como sujetos; esa es la manera en la que funciona sobre nosotros. La ideología hace un llamado a los individuos y cuando éstos *vuelven la mirada* hacia la ideología, sabiendo que es a ellos a quienes llama, y no a otros, es cuando se constituyen como sujetos: pues la ideología llama, interpela, a individuos determinados (sujetos a una determinación). Si uno reconoce que es a uno a quien se llama, y no a otro, es porque el llamado nos interpela en tanto sujetos determinados. De esta

¹ A este respecto Althusser en *La revolución teórica de Marx* escribe que la función práctico social de la ideología consiste en que "es indispensable a toda sociedad para formar a los hombres, transformarlos y ponerlos en estado de responder a las exigencias de sus condiciones de existencia" (Althusser, 1967, *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI, p. 195).

manera, y como detallaremos a continuación, uno se reconoce en el llamado de la ideología, más aún, en la ideología misma: uno se siente parte de ella.

Sugerimos entonces que la ideología “actúa” o “funciona” de tal modo que “recluta” sujetos entre los individuos (los recluta a todos), o “transforma” a los individuos en sujetos (los transforma a todos) por medio de esta operación muy precisa que llamamos *interpelación*, y que se puede representar con la más trivial y corriente interpelación, policial (o no), “¡Eh, usted, oiga!”

Si suponemos que la hipotética escena ocurre en la calle, el individuo interpelado se vuelve. Por este simple giro físico de 180 grados se convierte en sujeto. ¿Por qué? Porque reconoció que la interpelación se dirigía “precisamente” a él y que “era precisamente él quien había sido interpelado” (y no otro). La experiencia demuestra que las telecomunicaciones prácticas de la interpelación son tales que la interpelación siempre alcanza al hombre buscado: se trate de un llamado verbal o de un toque de silbato, el interpelado reconoce siempre que era precisamente él a quien se interpelaba. (IAIE, p. 55).

¿Pero cómo es posible que uno reconozca que es a uno a quien llama la ideología y no a otro? Como lo mencionábamos al inicio de este texto: debido a la *estructura especular redoblada* que toda ideología posee. Para explicar esto revisemos el mismo ejemplo que utiliza Althusser en *IAIE* y luego analicemos, conforme a la idea que de todo esto desprendamos, los medios de comunicación masivos en tanto aparatos ideológicos de estado.

Un ejemplo claro para entender esta estructura de la ideología que permite que nos reconozcamos en ella (además de posibilitar otras cosas que luego detallaremos) es la doctrina del cristianismo, como ideología encarnada en la iglesia como AIE religioso. La biblia, como el texto fundamental, y el más difundido masivamente, interpela a todos sus lectores a reconocerse como parte activa de lo que ella muestra: en efecto, indica de dónde venimos *nosotros*, de dónde viene toda la naturaleza que nos rodea y en la cual habitamos, etc., pues Dios es el creador de todas las cosas. Las historias que muestra, por lo tanto, son historias que nos competen a todos nosotros. Y para *convencernos* de que efectivamente todos venimos del mismo Padre, y de que debemos hacer lo que su Palabra nos indica si hemos de llegar alguna vez a su Reino, nos entrega evidencia *empírica* de su realidad al *desdoblarse* en Cristo, su hijo, que también es hombre, como nosotros. No se trata de un Dios *abstracto* del cual no sepamos nada sino que tenemos la evidencia *concreta* de su hijo, que es hombre y Dios a la vez. De esta manera todos los lectores (o posibles cristianos) al reconocerse en Cristo pueden reconocerse a la vez en Dios, y en su Palabra. Cristo es, por decirlo así, el *punte* entre Dios y los hombres, entre estos individuos que se sujetan a la doctrina de Dios, a sus órdenes, y que por ello se reconocen como sujetos (el sujeto cristiano). Cristo es el *punte* entre los sujetos, interpelados por la ideología, y el Sujeto (con mayúscula) que es quien da las órdenes, dicta la pauta y otorga un sentido a la vida, y también a la muerte, de todos quienes se sujeten a su Palabra.

La ideología, entonces, si seguimos el ejemplo del cristianismo, *transforma* a los individuos en sujetos, y esto de acuerdo a la doble acepción corriente que tiene el término sujeto: por un lado, se trata de un *individuo* libre¹, con voluntad propia (sujeto de las acciones),

¹ En efecto, la ideología interpela a los individuos como sujetos “libres” de decidir por una u otra postura ideológica. Confróntese al respecto el siguiente texto de Javier Burdman (2011) *Distorsión, transparencia y universalidad en la teoría de la ideología*, en *Lecturas de Althusser*, Buenos Aires: Imago Mundi, p. 82-83: “De ese modo,

pero por otro de alguien que se sujeta a algo (a alguien o a alguna institución, o lo que sea), un *individuo* que depende de algo y que, por lo tanto, no es absolutamente libre. Esta acepción paradójica del término sujeto da cuenta muy bien del sujeto-sujetado que crea la ideología pues, si se trata de un creyente de la ideología cristiana, se trata de alguien que es libre de elegir esa creencia, u otra, pero que una vez aceptada esa creencia, insertada en su modo de vida, sujeta la mayoría de sus acciones (quizás todas) a los dictámenes que impone *su* ideología, vale decir, la de vivir como un cristiano. Si uno cree en el Islam, por otra parte, vive como musulmán, etc. La ideología nos vuelve sujetos en esta doble acepción del término.¹

El individuo es interpelado como sujeto (libre) para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto, por lo tanto para que acepte (libremente) su sujeción, por lo tanto para que “cumpla solo” los gestos y actos de su sujeción. (IAIE, p. 63).

Cabe decir, sin embargo, algo muy importante: el individuo que es interpelado como sujeto por la ideología es siempre-ya sujeto, la categoría de individuo es sólo una abstracción que nos permite pensar algo así como un estado anterior a la ideología. Pero no hay estado anterior a la ideología, sólo hay sujetos en tanto sujetados a lo que la ideología impone. En este sentido, como dice Althusser, la ideología es *eterna*². Eterna en el sentido de que está presente en toda la historia y en todo momento de la vida de los sujetos, incluso antes de nacer.

Con respecto a esto último, Althusser, refiriéndose al AIE familiar nos muestra que, incluso antes de nacer alguien, ya se concibe como sujeto al otorgarle de antemano una identidad, al comprarle de antemano ropa de niña o de niño, al proyectarlo en qué podría llegar a ser, etc. Pero en otro texto, denominado *Freud y Lacan*³, en relación a esto mismo Althusser explicita en qué consiste ese Sujeto, esa Ley, respecto del cual uno se sujeta. Se trata de esa Ley de la Cultura, que nos dice qué hacer y qué no hacer y respecto a la cual sujetamos nuestras vidas. Pues en ese texto, *Freud y Lacan*, se habla respecto de un posible estado pre-edípico, que tiene que ver con una mala lectura de Freud, en el cual un niño no estaría sometido al orden de lo Simbólico (a estas Leyes de la Cultura, como las llama Althusser) sino que sólo a leyes orgánicas relativas a una especie de *naturaleza* propia de lo humano y que sería, por lo tanto,

aunque los individuos son desde su nacimiento introducidos en un entramado de aparatos ideológicos que los atrapan en una red de prácticas preestablecidas (obedecer a los padres, hacer los deberes, ir a la iglesia, etc.), ellos viven dichas prácticas como si fueran el producto de su “libre albedrío.” En ello consiste, precisamente, el mecanismo de la interpelación ideológica: los individuos se relacionan imaginariamente con sus relaciones reales, con sus condiciones de existencia, como si ellos fueran sujetos libres que preceden a dichas relaciones.”

¹ A este respecto Terry Eagleton (1997) *Ideología. Una introducción*, Barcelona: Paidós, p. 188, escribe lo siguiente: “El carácter políticamente sombrío de la teoría de Althusser se aprecia en su misma concepción de la formación del sujeto (...) “Ser *subjetivado*” es ser “*sometido*”: nos volvemos sujetos humanos “libres”, “autónomos” sometiéndonos precisamente de manera obediente al Sujeto o a la ley. Una vez hemos “interiorizado” esta ley, nos hemos apropiado de ella, empezamos a obrar de manera espontánea e incuestionable conforme a sus dictados. Empezamos a obrar, como comenta Althusser, “por nosotros mismos”, sin necesidad de una constante supervisión coercitiva; y esta lamentable condición es la que confundimos con nuestra libertad (...) El modelo subyacente en este argumento es la sujeción del yo freudiano al superyó, fuente de toda conciencia y autoridad. Así pues, la libertad y la autonomía no serían más que meras ilusiones: significan simplemente que la ley está tan profundamente inscrita en nosotros, tan íntimamente ligada a nuestro deseo, que la confundimos con nuestra propia iniciativa libre.”

² Cf. IAIE, p. 42.

³ En este texto nos referiremos a la edición 2011 en español de la Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, cuyo texto viene a continuación del IAIE, por lo tanto, el número de páginas comienza donde termina este último.

anterior a la ideología. Althusser demuestra, con Lacan, que incluso ese estadio pre-edípico está atravesado por el Orden de lo Simbólico, que es el Orden de lo humano, o la Ley de la Cultura, pues el niño, o el bebé, está siempre sometido, por ejemplo, a ciertos tiempos en los cuales alimentarlo, a ciertos cuidados culturalmente establecidos, de higiene (una madre en una tribu en África, por ejemplo, cuida de su bebé de manera muy distinta a una madre en una ciudad Norteamericana, son otros tiempos, otros tratos). El niño, por lo tanto, incluso antes de pasar por la etapa edípica donde diferencia entre el Padre, la Madre, y él, vale decir, donde entra al Orden de lo Simbólico, ya está siempre en ese Orden, pues desde siempre ha estado sometido a estos tiempos de cuidado, a estas costumbres ordenadas: de siempre ha estado sometido a la Ley de la Cultura, y claramente su *inconsciente* va registrando el hecho de que existe una norma, un modo de ordenar la vida y de ordenarse en ella.

Allí donde una lectura superficial u orientada de Freud no veía más que la infancia feliz y sin leyes, el paraíso de la "perversidad polimorfa", una especie de estado de naturaleza escandido solamente por fases de aspecto biológico, vinculadas a la primacía funcional de una parte del cuerpo humano, lugares de necesidades "vitales" (oral, anal, genital), Lacan ve la eficacia del Orden, de la Ley, que asecha desde antes de su nacimiento a todo hombrecito por nacer, y se apodera de él desde su primer grito, para asignarle su lugar y su rol, por consiguiente su destinación forzada. Todas las etapas por las que pasa el hombrecito son atravesadas bajo el reinado de la Ley, del código de asignación, de comunicación y de no-comunicación humanos; sus "satisfacciones" llevan la marca indeleble y constituyente de la Ley, de la pretensión de la Ley humana que, como toda ley, no es "ignorada" por nadie, particularmente por quienes son ignorantes de ella, pero puede ser desviada o violada por todos, particularmente por sus puros fieles. Por eso, toda reducción de los traumatismos infantiles a la decepción de las "frustraciones" biológicas está falseada en su principio, ya que la Ley que les concierne hace abstracción, como Ley, de todos los contenidos, sólo existe y actúa como Ley por y en esa abstracción, y ya que el hombrecito sufre y recibe esta regla desde su primer aliento. Así comienza, y así ha comenzado siempre, incluso sin ningún padre vivo, aquello que es la presencia en acto del Padre (que es Ley), por consiguiente del Orden del significante humano, es decir de la Ley de Cultura: ese discurso que es condición absoluta de todo discurso, ese discurso presente desde arriba, o sea ausente en su abismo, en todo discurso verbal, el discurso de ese Orden, ese discurso del Otro, del gran Tercero, que es ese Orden mismo: *el discurso del inconsciente*. (Freud y Lacan, p. 88-89).

La ideología está, por lo tanto, íntimamente relacionada con el inconsciente pues, tal como lo explicita Vittorio Morfino refiriéndose a las "Trois notes sur la théorie des discours" de Althusser, en relación a las tesis del IAIE, el inconsciente permite que los individuos interpelados por la ideología asuman su función como sujetos ideológicos:

El discurso ideológico, como repetirá en "Ideología y aparatos ideológicos de Estado", es un discurso de "centration spéculaire", pero la tesis que presenta Althusser en las "Trois notes" es más radical: la interpelación como sujetos de los individuos humanos produce en ellos

un efecto específico, el efecto inconsciente que les permite a los individuos asumir la función de los sujetos ideológicos.¹

La ideología también es eterna, en el sentido en que está presente en toda la historia. Por otra parte, además, este Sujeto respecto del cual los sujetos se sujetan opera como una Ley o un Orden de lo humano. Ya lo veíamos: el AIE familiar dicta los modos de cuidar a un bebé, pero también dicta cómo debe comportarse un padre, una madre, un hermano, y es la Cultura donde se habita, a través de los aparatos ideológicos de estado (instituciones), la que se encarga de establecer y difundir estos modos de actuar en la vida; modos que, como podemos ver, van cambiando de cultura en cultura, lo que nos indica el hecho de que estas Leyes de Orden humano son fundamentalmente imaginarias (pues no podemos decir que los modos de ser de una tribu en África están errados, o no tienen *razones* de ser, en comparación a los modos de ser de una ciudad cualquiera: cada cultura establece sus modos de ser, de convivencia, de subsistencia, de acuerdo a sus propias suposiciones y creencias).² Pero volvamos a la estructura especular redoblada de toda ideología.

Decíamos, siguiendo el ejemplo del cristianismo como ideología encarnada por el AIE religioso cristiano, que interpela a los *individuos* a vivir de acuerdo a lo que la Palabra de Dios dicta, vale decir, a convertirse en sujetos cristianos y a vivir en relación a sus preceptos. Pero sólo puede hacerlo, vale decir, que aquellos individuos *vuelvan la mirada* hacia su llamado, si logra que éstos se vean, justamente, reflejados en ese llamado; que sepan que es a ellos a quienes se llama, y no a otro. Para esto Dios debe *desdoblarse* en su hijo, Cristo, que es hombre y a la vez Dios, que es sujeto y a la vez Sujeto. De esta manera la Palabra de Dios, que es Ley, se encarna en un hombre como nosotros, Cristo, el cual nos explicita, mediante sus actos, el modo de acercarnos, o de llegar, al Padre: a través del amor, del perdón, etc., vale decir, la Palabra de Dios, encarnada en un hombre como nosotros, se muestra como posible de encarnarla en nosotros mismos, ya que estamos hechos de carne y hueso como Cristo. Éste, entonces, es el ejemplo vivo, concreto, de que llevar una vida conforme a la Palabra de Dios es algo posible, más aún, deseable. Y el hecho de que sea hombre, de carne y hueso como nosotros, permite que reconozcamos la posibilidad de seguir su ejemplo, permite, por lo tanto, que nos reconozcamos en Dios (pues nosotros también somos hijos de él). La Palabra de Dios, entonces, encarnada en Cristo, funciona como un espejo en el cual nos vemos reflejados o, en otras palabras, el Sujeto funciona como un espejo donde todos los sujetos se ven reflejados o, la Ley funciona como un espejo donde todo lo que ordena se ve reflejado. De esta manera la ley que se impone a los sujetos no se muestra como una imposición forzada sino que se muestra como algo que contiene nuestro reflejo, vale decir, nos hace parte de ella: permite que nos reconozcamos en ella. Es por esta razón que Althusser dice que la ideología interpela a los individuos como sujetos *desde el centro*, que está centrada, ya que va reclutando en nombre de un

¹ Morfino, Vittorio (2014) *Individuación y transindividual. De Simondon a Althusser* en *El materialismo de Althusser*, Santiago: editorial Palinodia, p. 40. Confróntese también a este respecto Althusser (1967) *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires: Siglo XXI, p. 193: "En realidad, la ideología tiene muy poco que ver con la "conciencia", si se supone que este término tiene un sentido unívoco. Es profundamente inconsciente, aun cuando se presenta bajo una forma reflexiva (como en la filosofía premarxista). La ideología es, sin duda, un sistema de representaciones, pero estas representaciones, la mayor parte del tiempo, no tienen nada que ver con la "conciencia": son la mayor parte del tiempo imágenes, a veces conceptos, pero, sobre todo, se imponen como estructuras a la inmensa mayoría de los hombres, sin pasar por su "conciencia". Son objetos culturales percibidos-aceptados-soportados que actúan funcionalmente sobre los hombres mediante un proceso que se les escapa. Los hombres "viven" su ideología como el cartesiano "veía" o no veía (si no la fijaba) la luna a doscientos pasos: *en absoluto como una forma de su conciencia, sino como un objeto de su "mundo", como su "mundo" mismo.*"

² De la misma manera cada cultura se enfrenta y responde a la cultura capitalista globalizada y globalizadora a su propia manera.

Sujeto Único a todos los sujetos a su alrededor de manera de que éstos se sujeten a aquel y que a la vez se vean reflejados en él.

Observamos que la estructura de toda ideología, al interpelar a los individuos como sujetos en nombre de un Sujeto Único y Absoluto es *especular*, es decir en forma de espejo, y *doblemente* especular: este redoblamiento especular es constitutivo de la ideología y asegura su funcionamiento. Lo cual significa que toda ideología está *centrada*, que el Sujeto Absoluto ocupa el lugar único del Centro e interpela a su alrededor a la infinidad de los individuos como sujetos en una doble relación especular tal que *somete* a los sujetos al Sujeto, al mismo tiempo que les da en el Sujeto en que todo sujeto puede contemplar su propia imagen (presente y futura), la *garantía* de que se trata precisamente de ellos y de Él y de que, al quedar todo en Familia (la Santa Familia: la Familia es por esencia santa), “Dios reconocerá en ella a los suyos”, es decir que aquellos que hayan reconocido a Dios y se hayan reconocido en Él serán salvados. (IAIE, p. 61).

Este Sujeto, entonces, que es la Ley que impone cada ideología, promovida por cada AIE, opera de manera tal que refleja a los sujetos que a la vez sujeta. El sujeto cristiano, que vive de acuerdo a la ideología cristiana, se ve reflejado en Dios, mediante Cristo, y de esta manera se sujeta a él: vive de acuerdo a lo que su Palabra dicta.¹ Si volvemos al AIE familiar que revisábamos más arriba, vemos que esa Ley de la Cultura que opera como un orden del cuidado, higiene y alimentación de los niños o bebés (incluso antes de la etapa pre-edípica) tiene como ese Gran Sujeto, que encarna la Ley, al Padre o a la Madre, vale decir, se cuida un niño, y luego éste comenzará a cuidarse por sí mismo, en orden a que se convierta en un Padre o una Madre², no en cualquier persona. A este respecto, por ejemplo, el niño (varón) que entiende que no tiene el derecho de poseer a la Madre (castración) debido a que no tiene los medios para ello (falo), debe ordenar su vida para lograr llegar a ser como el Padre, y no como cualquier persona. Debe, por lo tanto, someterse a las Leyes del orden humano que así lo permitan y, como dice Althusser, “tomarse toda la sopa”, vale decir, hacer lo que está establecido culturalmente que se debe hacer para llegar a ser Padre. Lo mismo en el caso de una niña.

La última etapa del Edipo, la “castración”, puede darnos una idea de ello. Cuando el niño vive y resuelve la situación trágica y benéfica de la castración, acepta no tener el mismo derecho (falo) que su padre, en particular no tener el derecho del padre sobre su madre, que se revela entonces dotada del intolerable status del doble empleo, madre para el chico y mujer para el padre; pero asumiendo el hecho de no tener el mismo derecho que su padre, gana la seguridad de tener un día, más adelante, cuando sea adulto, el derecho que ahora se le niega, por falta de “medios”. Sólo tiene un pequeño derecho, que llegará a ser grande si él mismo sabe llegar a grande y “toma toda la sopa”. Cuando, por su parte,

¹ A manera de comparación, confróntese Althusser (1996) *Escritos sobre psicoanálisis*, México D.F.: Siglo XXI, p. 126: “¿No sería posible replantear el problema del estatuto de ciertas categorías que figuran en las tópicas freudianas a partir de esta observación? El ego que dice “yo” está desde luego muy cerca del “sujeto” del discurso ideológico; el “superego” está muy cerca del sujeto que interpela en forma de sujeto a todo sujeto ideológico.”

² O un Hermano, o un Hijo, o un Tío, etc., dependiendo del caso.

la niña vive y asume la situación trágica y benéfica de la castración, acepta no tener el mismo derecho que su madre, acepta pues doblemente el hecho de no tener el mismo derecho (falo) que su padre, ya que su madre no lo tiene (no hay falo), aun siendo mujer y por ser mujer, y acepta al mismo tiempo no tener el mismo derecho que su madre, es decir no ser todavía una mujer, como lo es su madre. Pero gana en cambio su pequeño derecho: el que le corresponde como niña, y las promesas de un gran derecho, derecho completo de mujer cuando sea adulta, si sabe crecer aceptando la ley del orden humano, o sea sometándose a ella, en caso necesario para transgredirla no tomando "bien" la sopa. (Freud y Lacan, p. 90-91).

Está, por lo tanto, este sometimiento a la Ley debido a estas *imágenes* que operan como un espejo en el cual nos vemos reflejados y por las cuales nos sujetamos a la Ley. Nos sujetamos a la Ley divina a través de la imagen de Cristo, nos sujetamos a la Ley cultural de la Familia (en qué consiste ser padre, en qué consiste ser madre, etc.) a través de la imagen de Padre, de Madre, de Hermano, etc. Estas imágenes son a la vez la Ley y a la vez nosotros (así como Cristo es a la vez Dios y a la vez hombre). Nos sujetamos a la Ley divina, a Dios, debido a la imagen de Cristo que es Dios y a la vez nosotros. Nos sujetamos a la Ley Cultural de la Familia, debido a la imagen de Madre, de Padre, Hermano, etc., que es la Ley y a la vez nosotros. De la misma manera en que siguiendo el ejemplo de Cristo podemos llegar a Dios, y podemos seguir el ejemplo ya que él es hombre igual que nosotros, podemos llegar a constituir una Familia si seguimos el ejemplo de lo que la imagen de Padre, Madre, etc., nos dicta, vale decir, si *sabemos* llegar a ser Padres, o Madres, o lo que sea que la Familia implique. Esta fórmula es la que aplicaremos al momento de concebir en este texto los medios de comunicación masivos, a saber, que operan a través de una estructura especular redoblada: como un espejo que a la vez refleja y nos sujeta, nos hace depender de la Idea o Imagen que exhibe. Debemos, a la vez, recordar algo que es muy importante y que no podemos perder de vista: este sometimiento a la Ley que implica toda ideología permite la reproducción de las relaciones de producción, es decir, en un modo capitalista de producción: la explotación.

Los medios de comunicación masivos, que constituyen los AIE de información para Althusser, ya sea la televisión, la radio, el internet, etc., operan con una diversidad de contenidos y formas distinguibles entre sí: la publicidad, las telenovelas, los noticiarios, entre otros, pero todos ellos se unifican en lo siguiente: posibilitan la reproducción de la explotación. Ahora bien, debemos ser claros y justos, existen medios de comunicación masivos que, tal como lo dice Althusser, y lo expuso mucho antes Marx, están a favor de la clase proletaria.¹ Se trata de AIE de información como la escritura, periódicos, noticiarios, etc., que se dedican, parcial o totalmente, a defender las ideas y las luchas de la clase explotada. Ahora nos referiremos solamente a aquellos AIE de información o de comunicación masivos cuya función es, explícita o implícitamente, mantener y legitimar el estado capitalista de cosas, esto es, el estado de explotación, y todo lo que de ahí deriva.

Trataremos por cuestiones de espacio sólo tres *modalidades* de comunicación que aparecen en estos medios masivos, a saber, la publicidad, los noticiarios y las telenovelas, y con ello daremos una idea general de cómo operan estos aparatos ideológicos, a pesar de que sus modalidades de comunicación y sus contenidos son muy amplios y podrían haber algunas

¹ Cf. *IAIE*, p. 28.

excepciones, en orden a posibilitar la reproducción de las relaciones capitalistas de producción (ya que ésta, como lo mencionábamos al inicio de este texto, es la finalidad de todo AIE). Para Althusser los AIE de información o de comunicación masivos posibilitan esta reproducción de las relaciones de explotación *atiborrando a todos los "ciudadanos" mediante la prensa, la radio, la televisión con dosis diarias de nacionalismo, chauvinismo, liberalismo, moralismo, etcétera.*¹ Nosotros, ahora, podríamos decir que sí, pero que atiborran a estos ciudadanos con muchas cuestiones más. Es obvio que Althusser no vivió el auge de estos medios masivos de comunicación como lo estamos viviendo ahora nosotros, donde prácticamente un ciudadano promedio pasa más tiempo frente al televisor, o al internet, que frente a muchas otras cosas. En efecto, y como lo detallaremos a continuación, la publicidad, por ejemplo, posibilita el consumo excesivo de productos que, conforme a la lógica capitalista de producción, se fabrican en exceso. Posibilita, junto con ello, la sumisión por parte de los explotados y la altanería o la soberbia por parte de los explotadores, sobre todo en Latinoamérica donde el consumo tiene como función, entre otras, el llegar a ser como son estos explotadores (como si se tratara de una especie de humano superior o arquetípico [claramente esta situación tiene como fundamento la Imagen como Ley que nos presentan estos medios de comunicación]). Los noticiarios, por otro lado, difunden la visión de mundo que favorece a la clase explotadora. Como mencionábamos más arriba, cuando presentan, por ejemplo, alguna protesta que realizan los trabajadores luchando por condiciones más justas, dedican la mayor cantidad de tiempo a mostrar los destrozos que se realizaron en dicha protesta (letreros o semáforos rotos, barricadas, piedrazos a los automóviles, piedrazos a la policía, etc.), exponiendo a aquellos que se manifiestan como si fuesen criminales, "pues no sólo es criminal quien ha lanzado la piedra, sino que también es criminal todo aquel que lo acompaña en su lucha." Muy poco tiempo o, incluso a veces, nada de tiempo, se dedican a exponer o analizar las propuestas por las que estos trabajadores, o estudiantes, o quienes sean, protestan; de manera que la Imagen que terminan promoviendo es la de que todos aquellos que se manifiestan protestando son criminales (o potenciales criminales). Dedican, por otro lado, parte del tiempo que dura su transmisión en televisión, o parte de las páginas que ocupan en los periódicos o en internet, a mostrar encuestas muy sospechosas, porque nadie nunca fue encuestado, que indican que la situación del país está bien, cuando conviene que vaya bien, o que está mal, cuando conviene que vaya mal. Dedican, también, gran parte del tiempo o del espacio que ocupan, a enajenar a la gente con los resultados del fútbol, como si esa fuese una de las más importantes de las preocupaciones. Las telenovelas, por otro lado, y aquí la tesis que vamos a mostrar es muy polémica, posibilitan algo que tal vez sólo es particular en Latinoamérica: que la clase explotada se sienta inferior y la clase explotadora se sienta superior por cuestiones de orden estética. Pues ocurre que en esta parte del mundo gran parte de las empresas son extranjeras, transnacionales de origen europeo o norteamericano, por lo que los jefes (los explotadores) son nativos o derivados de aquellos lugares y, por lo tanto, son rubios, altos, de ojos claros y con apellidos llamativos. Poseen ese llamativo estético que poseen los héroes de las telenovelas (los cuales normalmente son interpretados por actores, pues los actores que actúan en televisión no son, en su mayoría, *del pueblo*, que pertenecen a familias de clase explotadora [burgueses, capitalistas o burócratas]), de manera que el jefe es de la misma calaña que el héroe de la telenovela, y eso lo convierte, de manera extraña (pero que se puede explicar con la ideología), en alguien de orden superior. Veremos los tres casos (publicidad, noticiario, telenovela) con más detalle a continuación, aplicando la fórmula de la estructura especular redoblada.

¹ Ibid., p. 35.

La publicidad tiene como fin el incrementar o el promover el consumo de un producto determinado. Pero no lo hace de cualquier manera sino que haciéndonos partícipes del deseo, o de la necesidad, de consumir ese producto. De modo que utiliza, tal como lo ha dicho Althusser respecto de todo AIE, el mecanismo de la interpelación y nos dice, por ejemplo, “¡Eh!, usted, nosotros sabemos que agota todas sus fuerzas a lo largo de su esforzada y extenuante jornada de trabajo, por lo tanto usted debe consumir XXX para reponer sus fuerzas, ya que XXX tiene todas las propiedades, verificadas científicamente, que usted necesita.” En la interpelación que realiza nos reconocemos, vale decir, sabemos que es a nosotros a quienes llama a consumir el producto y no a otro. Hace un tiempo, para dar otro ejemplo, en Chile aparecía la publicidad de un Casino. Estaba protagonizada por un personaje que se llamaba “usted”, y decían algo así como “usted ha trabajado durante mucho tiempo y necesita un relajo, necesita distraerse. Nosotros sabemos que usted es una persona de esfuerzo y que realizar actividades extraordinarias – como ir a jugar a un Casino – no significa nada malo. Usted se merece venir a este Casino”. Ojo en el “se merece”. Al igual que en el ejemplo anterior, se utiliza la interpelación para dirigirse a los potenciales consumidores, es decir el hecho de que todos ellos se vean reflejados en el llamado: sepan que el llamado es para ellos (porque se lo merecen, o porque lo necesitan). En ambos casos se utiliza la Idea o Imagen de alguien que satisface lo que necesita, o lo que se merece, y esta es la imagen que opera como Ley en ambos casos, vale decir, ponen a una Persona arquetípica a la cual aspiramos llegar al consumir el producto ofrecido. Lo mismo ocurre, por ejemplo, en la publicidad de cosméticos para la mujer: “porque mujer es sinónimo de belleza, compra XXX y satisface lo que tu naturaleza femenina exige”. Se pone la Imagen arquetípica de una persona que satisface todo lo que necesita o se merece (alguien que, por supuesto, no existe) y que es encarnada por modelos o actores que representan muy bien ese ideal: normalmente personas rubias, con ojos claros, bellas, siempre sonrientes, con dientes perfectos, brillantes; personas a las cuales aspiramos semejarnos al consumir el producto. Queremos ser como ese modelo que promociona el producto, y sólo podemos serlo si, como él, satisfacemos todo lo que “nos merecemos” o “necesitamos”, es decir, consumiendo. “Sólo tendrás Esta sonrisa si, como Él, consumes Ésta pasta de dientes.” Se ocupa, por lo tanto, tal como lo expusimos más arriba, este Sujeto Único, arquetípico, que funciona como Ley (en este caso la persona que satisface todos sus deseos o necesidades o, lo que se merece) el cual se desdobra en sujetos en los cuales podemos vernos reflejados (el modelo que consume el producto y consigue, con ello, “su sonrisa perfecta”, “su musculatura”, etc.; consigue adecuarse a las exigencias del Ideal) de manera que, al reconocernos en estos modelos, porque queremos ser como ellos, y por eso compramos el producto, nos sujetamos al Ideal, vale decir, dependemos de la idea de consumir, una y otra vez, aquello que deseamos o necesitamos o, también, lo que nos merecemos. La gracia de todo esto es que nunca lograremos satisfacer lo que ese Ideal exige o, mejor dicho, nunca podremos encarnar ese Ideal (nunca podremos satisfacer todo lo que queremos, o lo que necesitamos, o lo que nos merecemos). De esta manera la publicidad posibilita el consumo excesivo, el cual, como ha sido demostrado por la tradición marxista, es resultado del modo mismo de producción capitalista, es decir, es resultado de las relaciones capitalistas de producción. De manera que estos mecanismos de la publicidad, la estructura especular redoblada, y con ello la interpelación, posibilitan la reproducción de las relaciones que dependen de las relaciones capitalistas de producción, esto es, el consumo excesivo. Pero también posibilita la reproducción misma de las relaciones capitalistas de producción, es decir, la explotación, al volver, en cierta medida, sumiso al explotado y altanero al explotador. Esto último está en íntima relación con lo que ocurre con las telenovelas en Latinoamérica y que mencionábamos

más arriba: en Latinoamérica el explotador normalmente es de origen, o de familia, europea o norteamericana, vale decir, es rubio, alto, de ojos claros, con apellido llamativo, etc. Estos modelos que aparecen en la publicidad cumplen con esas mismas características por lo que, en cierto sentido ideológico, vale decir, imaginario, el explotador se presenta como si cumpliera con las exigencias del Ideal que pretende satisfacer el consumo (alguien que todo lo tiene, que consigue lo que necesita, lo que desea, ya que además tiene los medios para hacerlo), de modo que el explotador está a la misma altura ideológica que los modelos de la publicidad: como encarnación de un Ideal (ya sea de belleza, de consumo, etc.). Esto pone al explotador por sobre los explotados ya que son éstos, ya sea trabajadores, estudiantes, lo que sea, los que deben hacer el esfuerzo de consumir, una y otra vez los productos con los cuales podrían llegar a semejarse al modelo que encarna el Ideal (o al jefe que también lo encarna). Es por esta razón que por ejemplo, en Chile, algo que podría parecer una verdadera estupidez realmente opera en las relaciones de trabajo: si un jefe no es rubio, no es alto, no tiene apellido europeo, vale decir, no se parece a los modelos que muestra la publicidad, es tratado, se ve de manera distinta a aquel que sí cumpla con esas características. El jefe chico, moreno, feo, etc., es casi tratado como un trabajador más. El jefe con rasgos europeos, por el contrario, es tratado con respeto, con miedo, con distancia. Son cuestiones puramente ideológicas que pueden ser, no obstante, corroboradas empíricamente. Existe, sin duda, también un componente racista en este ámbito. Racista, clasista y estético, por lo que el tema es bastante complejo.

Los noticiarios cumplen con la función de informar a la ciudadanía, supuestamente de manera neutra, aunque nunca es así, el acontecer nacional e internacional que tenga alguna relevancia en el estado de cosas presente (o futuro), es decir, que importe para cuestiones capitalistas. Pues no muestran, por ejemplo, que un poeta poco conocido ganó tal o cual premio de literatura, para el estado capitalista de cosas eso no importa; lo que sí muestran es que apareció un nuevo iPhone, que ganó tal equipo de fútbol, que se aprobó un nuevo tratado comercial, que existen nuevos grupos terroristas, que apareció una nueva píldora para paliar tal enfermedad, etc., es decir, establecen lo que debería ser realmente importante (lo que es decir: imponen una visión de mundo). Pero lo más importante respecto a esta modalidad de la comunicación es que posibilita la reproducción de la explotación al legitimar el punto de vista de la clase explotadora mostrando como deplorable, malo, en detrimento del supuesto progreso, todo aquello que aparezca como yendo en contra del estado capitalista de cosas. Como decíamos con anterioridad, si muestran, por ejemplo, una protesta, o una marcha, donde se manifiesta el descontento de la clase explotada, dedican la mayor cantidad de tiempo a mostrar los destrozos que la protesta haya dejado (semáforos rotos, barricadas, piedrazos a la policía, etc.), como advirtiendo de manera implícita (aunque cada vez es más explícito) que realizar ese tipo de destrozos, defiéndose lo que se defiende, es deplorable, casi criminal. Por lo que terminan por catalogar de delincuentes a todos aquellos que asistieron a la protesta o a la marcha. Cuando algún policía sale herido (peor aún, muerto) producto de estas manifestaciones dedican una cantidad inmensa de tiempo, o de espacio, a defender la dignidad de ser policía, a los mártires de la patria, y a denigrar todo acto ofensivo o violento contra la institución represiva del estado (la policía). Podemos ver cómo opera, siguiendo la estructura especular redoblada de toda ideología, la Idea de un estado de cosas que va bien (el capitalista), en contra de la Idea de un estado de cosas que va mal (aquel que se manifiesta contra el estado capitalista de cosas). Los noticiarios lo que hacen es defender el primero y meter miedo en relación al segundo, mostrar que toda manifestación que vaya en contra del capitalismo es potencialmente criminal, que el resultado de una revolución es insostenible, bárbaro, sucio, caótico, etc. (como si el estado capitalista no lo fuera). Los noticiarios nos interpelan, nos

reflejan en, aquellas personas que ponen como ejemplo a imitar o a evitar. Nos muestran como un acto bueno, caritativo, inteligente, valiente, esforzado, etc., el seguir el modo de vida capitalista y nos muestra, por otro lado, como un acto malo, deplorable, infantil, cobarde, gandul, etc., el manifestarse contra el estado de cosas. Para ello utilizan, cuando se trata del noticiario en televisión, técnicas como el uso de la música o distintos tonos de voz dependiendo de la noticia que vayan a mostrar: si muestran un acto ejemplar, vale decir, acorde al modo de vida capitalista, como por ejemplo, el consumo excesivo, la aparición de nuevas empresas transnacionales (la apertura de una nueva tienda comercial, etc.) aparece al inicio, o en la misma escena, una música alegre, o que manifieste fuerza, los conductores se rien entre ellos, hablan de manera alegre y fluida, los periodistas que están en el suceso entrevistan a la gente que consume y todos se muestran felices, etc. Cuando se trata, por el contrario, de mostrar acontecimientos que van en contra del estado capitalista de cosas, como protestas, robos a bancos, robos a casas comerciales, toma de casas o terrenos abandonados, etc., aparece, al inicio o durante la transmisión de la noticia, una música más fría, más oscura. Los conductores hablan con una voz más débil como asustada, cuando se trata de hechos que atentan contra la moral conservadora pueden incluso manifestar su descontento con una voz más enojada, más firme. Los periodistas in situ aparecen con cascos, si entrevistan a alguien aparecerá llorando en pantalla, etc. Normalmente, también, cuando finalizan este tipo de noticias "trágicas" el conductor dice "y ahora pasando a una noticia mejor" o, "y ahora una buena noticia" y nuevamente se refiere a lo deseable que supuestamente es el progreso capitalista mostrando una noticia que vaya acorde a aquel. Está esta Idea, entonces, en general, de Estado Capitalista = Bueno; Estado en Contra del Capitalismo = Malo, con todas las categorías o conceptos que acompañan a lo bueno o a lo malo. De esta manera, entonces, los noticiarios como manifestación del AIE de información o de comunicación masiva posibilitan la reproducción de la explotación ya que mantienen y legitiman el estado de cosas que favorece a la clase explotadora, vale decir, mantienen y legitiman la sumisión, mantienen y legitiman la idea de progreso, etc., al mostrar que todo acto que vaya en contra del estado de cosas, que quiera eliminar el estado de sumisión en que se encuentra la clase explotada, es deplorable, delincuente, en contra de la idea de progreso. Los noticiarios se encargan, en relación a diferentes contenidos, de defender y legitimar el estado capitalista de cosas, de manera que los explotados sigan siendo explotados, y los explotadores sigan explotando. Podríamos alargarnos muchas páginas en relación a los noticiarios.

Las telenovelas, por último, tienen relación con esta Idea racista-clasista que opera particularmente en Latinoamérica, y también con la Idea del consumidor excesivo que consigue todo lo que necesita que opera en la publicidad, por lo tanto el mecanismo es el mismo que en ella. Los héroes de telenovela no son de cualquier tipo, están bien definidos: normalmente son personas estéticamente bellas, esforzadas, si en algún momento fueron pobres logran, de alguna manera, salir de la pobreza (ya que esta es vista de manera peyorativa en las telenovelas). Si no fue pobre es de clase acomodada, si en algún momento fue dependiente de alguien como trabajador, termina emancipándose y pone su propio negocio (de hecho, a veces es tan así, que termina yéndose al caribe o a "playas paradisíacas" con su novia). El héroe de telenovela normalmente es lo que en el léxico capitalista se denomina "un ganador". Lo mismo con la novia de estos héroes, si alguna vez fue pobre, o dependía de alguien como trabajadora, termina emancipándose ya sea porque el héroe de telenovela, su novio, costea todos sus gastos (de manera que promueven la idea machista y patriarcal de que el hombre mantiene a la mujer) o porque ella misma de alguna manera logra poner su propio negocio, o cobra una herencia millonaria, etc. Los héroes de telenovela no son nunca pobres, y

si lo fueron, salen de la pobreza. No son nunca trabajadores dependientes, y si lo fueron, se independizan. Son "ganadores". De la misma manera, estos héroes tampoco son feos, ni sucios, ni morenos (cuando son morenos es porque su belleza se dice que es "exótica", vale decir, fuera de lo común en consideración a los morenos), sino que son rubios, altos, de apellido llamativo (al menos el actor que lo representa sí tiene este apellido "fuera de lo común", es decir, europeo o norteamericano, porque llega un punto en que el héroe representado se confunde con el actor que lo representa). Si pensamos las telenovelas con la estructura especular redoblada de toda ideología podemos notar que éstas nos interpelan, a través de estos héroes, a conseguir lo que ellos logran, a saber: dinero, mujeres hermosas, en fin, a ser "ganadores". La idea que opera acá es la de un Ganador, el cual, como ya hemos notado, es rubio, bello, piensa positivo, se esfuerza en lograr lo que quiere de manera de independizarse y poner su propio negocio, vale decir, es un arquetipo de persona que pone en juego la ideología capitalista: una persona a la cual, mediante el consumo y el modo de vida capitalista, aspiramos encarnar. Queremos ser como los héroes de la novela, lo que él consigue (mujeres hermosas, dinero, negocio propio, autos, etc.) quiero conseguirlo, ya que al final de la telenovela este modo de vida que lleva el héroe lo condujo, siempre, a la felicidad. Todas las telenovelas tienen, de una u otra manera, un final feliz. Y nosotros, interpelados por ella, viéndonos reflejados en ella, ya que todos podemos, en principio, esforzarnos como lo hace el héroe, queremos llegar también a concretar nuestro propio final feliz (el final que nos dicen que es feliz). De esta manera las telenovelas posibilitan la reproducción de las relaciones que dependen de las relaciones capitalistas de producción, a saber, el consumo excesivo. Pero también, al igual que la publicidad, posibilitan la reproducción misma de las relaciones de producción capitalista, es decir, la explotación. Porque, como ya lo dijimos, el jefe en Latinoamérica normalmente es de "afuera", de origen europeo o norteamericano y, si no es así, tiene descendencia de esos lugares. El jefe, o todos los considerados como explotadores (capitalistas, burócratas, burgueses), son de la misma calaña que los héroes de la telenovela: rubios, con dinero, con mujeres hermosas, con auto último modelo, viajan al caribe, y parece que son felices. Esto pone, sin duda, en un lugar ideológicamente superior a los explotadores ya que, los trabajadores, los explotados, se sienten menos frente a la presencia de aquellos: se sienten feos, infelices, incapaces, etc. Exactamente lo mismo que mencionábamos en el caso de la publicidad. Las telenovelas, por lo tanto, posibilitan el consumo excesivo, incentivan a ello, y posibilitan la relación sumisa de producción, del feo frente al bello, del ignorante frente al inteligente, del infantil frente al maduro, del que no sabe frente al que sabe, etc.

De esta manera, entonces, vemos cómo, aplicando la fórmula althusseriana de la estructura especular redoblada a estas manifestaciones de los AIE de información o comunicación masiva, posibilitan la reproducción tanto de las relaciones mismas de producción capitalista, esto es, la explotación, como de las relaciones que de ella dependen, como lo es el consumo excesivo, entre otras. Este Sujeto, o esta Ley o Idea, respecto de la cual se sujetan todos aquellos individuos interpelados por la ideología sin dudas puede variar o ser más de uno en el caso de los AIE de información o comunicación masiva. Lo importante a señalar acá es que opera como Althusser lo describe, vale decir, de acuerdo a la estructura especular redoblada, la cual permite que la ideología, como un espejo, refleje a estos individuos en el Sujeto y en la Ley, al mismo tiempo que los sujeta, los hace depender, los somete, a éstos. Los AIE, por lo tanto, nos pintan (en el sentido de que lo crean) un mundo imaginario conforme al cual nos relacionamos con las relaciones reales de producción. De esta manera la sumisión, el sentirse inferiores, el sentirse ignorantes, etc., frente a un explotador que es altanero, que se siente superior, que se siente más capaz e inteligente, es decir, esta relación de

explotación, que es, por lo mismo, desigual, está posibilitada, mantenida y legitimada por el mundo que nos pintan estos aparatos ideológicos de estado.

Pero, siguiendo la metáfora de Althusser en relación al AIE familiar, así como se puede aprender a “tomar bien la sopa” para llegar a ser el Padre que la familia de una clase social implica, también se puede “no tomar bien la sopa”, esto es, poner en duda el por qué debo adecuarme a tal función social, a tal esquema imaginario (ideológico) y no a otro. El hecho de que la ideología sea una representación imaginaria de la relación con las condiciones sociales da cuenta de que puede ser quebrantada, infringida, desobedecida. No tiene el estatuto de una ley científica como, por ejemplo, la ley de gravedad que sería difícil poder quebrantar. Se trata, como Althusser lo muestra apoyándose en Lacan, tal como indicábamos más arriba, de una ley de orden social cuyos fundamentos varían de sociedad en sociedad (una mujer musulmana, por ejemplo, difiere en cuanto a su función social, a sus costumbres, de una mujer norteamericana no porque sean biológica o físicamente distintas, sino porque el orden social en el cual están inmersas tiene otras leyes, otras normas).¹ Por esta razón es que Althusser explicita, sobre todo en un *post scriptum* de *Ideologías y aparatos ideológicos de Estado*, que la ideología está siempre en función de la lucha de clases, esto es, no es siempre la misma, es histórica, varía en tanto son diversas las formas en que se va dando la lucha de clases.² En este sentido, la figura de Padre, de Madre, Hijo, etc., varía de acuerdo a la clase a la que se dirija, pero también varía en tanto avanza la historia: un padre del siglo XVIII es distinto a un padre del siglo XX, cumple otras funciones, satisface otras exigencias, lucha contra otras oposiciones. De igual manera, la ideología encarnada por los AIE de comunicación masiva varía históricamente. De esta manera, y aunque Althusser haya dicho que la ideología es eterna, ya que está siempre presente en la historia, siempre existe la posibilidad de luchar contra la representación que impone; no se trata de representaciones absolutas, estáticas, que perduren para siempre. Están siempre en función de la lucha de clases y son, por lo tanto, históricas. En este sentido, y volviendo a la metáfora usada por Althusser, siempre es posible “no tomarse bien la sopa” y poner en duda la representación de Padre, de Madre, de Hijo, etc., que el aparato ideológico de Estado familiar impone, esto es, la reproducción de las relaciones capitalistas de producción, la explotación, cuya reproducción promueve todo AIE, puede siempre ser combatida, modificada, superada.

Bibliografía

Althusser, Louis. *Escritos sobre psicoanálisis*, (trad. Eliane Cazenave-Tapie), Siglo XXI, México D.F., 1996.

Althusser, Louis. *Freud y Lacan*, (trad. José Sazbón y Alberto J. Pla), Nueva Visión, Buenos Aires, 2011.

Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, (trad. José Sazbón y Alberto J. Pla), Nueva Visión, Buenos Aires, 2011.

¹ Para otro enfoque referente al orden social cuyos fundamentos son imaginarios confróntese el texto de Castoriadis, Cornelius, *Lo imaginario: la creación en el dominio historicosocial* en *Los dominios del hombre* (trad. Alberto L. Bixio), Editorial Gedisa, Barcelona, 2005, p. 64-77.

² Cf. IAIE, página 66: “Las ideologías existentes en una formación social sólo pueden explicarse desde el punto de vista de las clases, es decir, de la lucha de clases. No sólo desde ese punto de partida es posible explicar la realización de la ideología dominante en los AIE y las formas de lucha de clases en las cuales tanto la sede como lo que está en juego son los AIE. Pero también y principalmente desde ese punto de vista se puede comprender de dónde provienen las ideologías que se realizan en los AIE y allí se enfrentan”.

- Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*, (trad. Martha Harnecker), Siglo XXI, Buenos Aires, 1967.
- Althusser, Louis. *Práctica teórica y lucha ideológica*, en *La filosofía como arma de la revolución*, (trad. Enrique Román), Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, 1968.
- Burdman, Javier. "Distorsión, transparencia y universalidad en la teoría de la ideología", en *Lecturas de Althusser* (comp. Sergio Caletti, Natalia Romé, Martina Sosa), Imago Mundi, Buenos Aires, 2011.
- Castoriadis, Cornelius. *Lo imaginario: la creación en el dominio historicosocial* en *Los dominios del hombre* (trad. Alberto L. Bixio), Editorial Gedisa, Barcelona, 2005.
- Eagleton, Terry. *Ideología. Una introducción* (trad. Jorge Vigil Rubio), Paidós, Barcelona, 1997.
- Marcuse, Herbert. *Marx y el trabajo alienado*, (trad. Marcelo Pérez Rivas), Carlos Pérez Editor, Buenos Aires, 1969.
- Morfinio, Vittorio. "Individuación y transindividual. De Simondon a Althusser" (trad. María Teresa D´Meza) en *El materialismo de Althusser*, editorial Palinodia, Santiago, 2014.